

NOTAS SOBRE “EL MAPA FÍSICO DE LA ÉTICA” DE ADELA CORTINA¹

La **ética** es una parte de la filosofía que reflexiona sobre la moral, y por eso recibe también el nombre de «filosofía moral». Igual que hay dimensiones de la filosofía que tratan sobre la ciencia, la religión, la política, el arte o el derecho, también la reflexión filosófica se ocupa de la moralidad y entonces recibe el nombre de ética.

Ética y moral se distinguen simplemente en que, mientras la moral forma parte de la vida cotidiana de las sociedades y de los individuos y no la han inventado los filósofos, la ética es un saber filosófico; mientras la moral tiene «apellidos» de la vida social, como «moral cristiana», «moral islámica» o «moral socialista», la ética los tiene filosóficos, como «aristotélica», «estoica» o «kantiana».

La verdad es que las palabras «ética» y «moral», en sus respectivos orígenes griego (*éthos*) y latino (mos), significan prácticamente lo mismo: **carácter, costumbres**. Ambas expresiones se refieren, a fin de cuentas, a un tipo de saber que nos orienta para forjarnos un **buen carácter**, que nos permita enfrentar la vida con altura humana, que nos permita, en suma, ser **justos y felices**. Porque se puede ser un habilísimo político, un sagaz empresario, un profesional avezado, un rotundo triunfador en la vida social, y a la vez una persona humanamente impresentable. De ahí que ética y moral nos ayuden a labrarnos un buen carácter para ser **humanamente íntegros**.

Precisamente porque la etimología de ambos términos es similar, está sobradamente justificado que en el lenguaje cotidiano se tomen como sinónimos. Pero como en filosofía es necesario establecer la distinción entre estos dos niveles de reflexión y lenguaje —el de la forja del carácter en la vida cotidiana y el de la dimensión de la filosofía que reflexiona sobre la forja del carácter—, empleamos para el primer nivel la palabra «moral» y la palabra «ética» para el segundo. Justamente por moverse en dos niveles de reflexión distintos —el cotidiano y el filosófico—, José Luis López Aranguren ha llamado a la moral «moral vivida», y a la ética, «moral pensada».

Decía Ortega —y yo creo que llevaba razón— que para entender qué sea lo moral es mejor no situarlo en el par "moral-inmoral", sino en la contraposición, más deportiva, "**moral-desmoralizado**"

"Me irrita este vocablo, 'moral' —nos dice en "Por qué he escrito El hombre a la defensiva". Me irrita porque en su uso y abuso tradicionales se entiende por moral no sé qué añadido de ornamento puesto a la vida y ser de un hombre o de un pueblo. Por eso yo prefiero que el lector lo entienda por lo que significa, no en la contraposición **moral-inmoral**, sino en el sentido que adquiere cuando de alguien se dice que está **desmoralizado**. Entonces se advierte que la moral no es una *performance* suplementaria y lujosa que el hombre añade a su ser para obtener un premio, sino que es el ser mismo del hombre cuando está en su propio quicio y vital eficacia. Un hombre desmoralizado es simplemente un hombre que no está en posesión de sí mismo, que está fuera de su radical autenticidad y por ello no vive su vida, y por ello no crea, ni fecunda, no hinche su destino" (José Ortega y Gasset, "Por qué he escrito El hombre a la defensiva", Obras Completas, Madrid, Revista de Occidente, IV, p. 72.)

Decir de alguien que es inmoral es acusarle de no someterse a unas normas, de lo cual puede incluso sentirse muy orgulloso si no las reconoce como suyas; pero a nadie le gusta estar desmoralizado, porque entonces la vida parece una losa y cualquier tarea, una tortura. Por eso, está alta de moral una persona o una sociedad—según diciendo con toda razón Ortega— cuando "está en su quicio y en su plena eficacia vital", cuando le sobran agallas para enfrentar la vida; está desmoralizado, por contra, el desquiciado, el que ha perdido la medida humana.

Hoy la moral es un artículo de primera necesidad, precisamente porque nuestras «sociedades avanzadas», con todo su avance, están profundamente desmoralizadas: cualquier reto nos desborda. No sabemos qué hacer con los inmigrantes, con los ancianos y los discapacitados; la corrupción acaba pareciéndonos bien con tal de ser nosotros quienes la practiquemos y, por supuesto, que no se nos descubra; no sabemos dónde situar a los enfermos de sida ni cómo valorar la ingeniería genética. Y todo esto es síntoma de la falta de vitaminas y de entrenamiento [ético].

Por ir precisando términos, diremos que la ética es un tipo de **saber** que pretende **orientar la acción humana en un sentido racional**. Pero no sólo para actuar en un momento puntual, como ocurre cuando queremos fabricar un objeto o conseguir un efecto determinado, que echamos mano del saber **técnico o del artístico**. El saber moral, por el contrario, es el que nos orienta para **actuar racionalmente en el conjunto de nuestra vida**, consiguiendo sacar de ella lo más posible; para lo cual necesitamos saber ordenar inteligentemente las metas que perseguimos.

Desde los orígenes de la ética occidental en Grecia, hacia el siglo rv a.C., suelen realizarse dos distinciones en el conjunto de los saberes humanos:

1. Una primera entre los saberes *teóricos*, preocupados por averiguar ante todo qué son las cosas, sin un interés explícito por la acción, y los saberes *prácticos*, a los que importa discernir qué debemos hacer, cómo debemos orientar nuestra conducta.
2. Una segunda distinción, dentro de los saberes prácticos, entre aquellos que dirigen la acción para obtener un objeto o un producto concreto (como es el caso de la *técnica* o el *arte*) y los que, siendo más ambiciosos, quieren enseñarnos a obrar bien, racionalmente, en el conjunto de nuestra vida entera, como es el caso de la *moral*.

¹ Cortina Adela, *El quehacer ético*, Santillana.